

Contra el alivio del olvido

La novela de Carlos María Domínguez¹ viene a completar la necesaria trilogía con que la literatura está registrando el pasado reciente.

Las Manos en el Fuego, de Ernesto González Bermejo mostró los parámetros de la vida en el Penal de Libertad. *Agua estancada*, de Carlos Liscano, algunas penas de la libertad en el exilio. *Bicicletas Negras* discurre a través de la porción aparentemente menos heroica y menos meritoria de la gran tragedia colectiva que escribieron las dictaduras rioplatenses. Simplemente se propone contar cómo fue la vida de los que quisieron –y pudieron– quedarse en la patria.

Los hombres y las mujeres que integraron la anónima mayoría de los que, ni presos ni exiliados, en sus casas, en sus ciudades, en sus soledades contaron uno tras otro los años de vejación y miedo transcurridos bajo la férula militar, podrán calibrar, después de leer la novela de Domínguez, cómo el olvido nos fue curando y vendando las llagas con piedad.

La memoria o la desmemoria es como un bálsamo curativo que trabaja a favor de la vida. Ya casi no recordamos al que cada uno de nosotros fue. Algo que tiene que ver con el instinto de sobrevivencia dispuso que un olvido impregnado de piedad fuera borrando –tal vez con demasiada rapidez–, el horror de aquellos años.

La novela *Bicicletas Negras* es mucho más que una memoria despiadada de ese período: es un análisis alucinado, pero sistemático de los síndromes del insilio.

Tomás, el protagonista, es argentino, pero sus experiencias, terrores y desalientos son los de un rioplatense. Es uno del montón, pero del montón delimitado de aquellos que habiendo podido irse, se quedaron. Esta precisión no es superflua, porque esa manera de pararse frente a lo que acontecía, esa opción que devengó inúmeros sufrimientos –también evitó otros–, se jugó entre la ilusión de una pequeña valentía y la certeza de una absoluta inutilidad.

Ambas, ilusión y certeza, están dichas con fidelidad ejemplar por Carlos María Domínguez: “Se había quedado para poder decir: cuando se vayan estaré aquí y verán que no lo lograron”. O “... porque

la realidad seguía estando allí y frente a ella sentía que no era nadie. Con qué libro iba a decir: mi vida vale por lo que hubiera podido hacer. Vale por lo que perdí y no tuve nunca. ¿No se hacía y deshacía la trama del país mientras él permanecía adherido a la miserable nostalgia de la derrota?”.

El protagonista seleccionado se mueve dentro de un tiempo acotado. Se trata del tramo que fue más duro de vivir. Cuando ya se habían jugado y perdido las primeras cartas de la militancia; cuando quedó para muchos, sólo “... la condición miserable de su estoica resistencia privada”.

María, la mujer de Tomás, tiene una calcomanía del Frente Amplio pegada detrás de la puerta, “pudo sobrevivir a las razias y cacería en los hoteles de Buenos Aires (...) harta de vivir clandestina (...) acomodó su vida como para dormir años enteros y dijo: pido. Me salgo del juego. No quiero más”, “... nunca le perdonaría no ser un exiliado, ni querer serlo, permanecer aferrado a un pedazo de mugre y condenarla a vivir en él”.

Domínguez eligió para su novela un título poco atractivo o poco significativo para lectores uruguayos. En el código del narrador, las bicicletas son el signo más simple del gran tema de la vigilancia silenciosa y brutal que se ejerce indiscriminadamente sobre los civiles de la ciudad ocupada.

A partir de la aparición de las cuatro bicicletas negras el discurso se tensa sobre otros símbolos del horror: el escalofriante Hospital de Niños; la escuela paraestatal clandestina en las que se forman los “seguidores”; Ismael, Swemberg y Selser, víctimas de esos tenaces seguimientos que solo terminarán con la muerte o el reclutamiento; los graffiti y los bichicomes; la miseria de las pensiones; Julio y Babit que escuchan canciones de Viglietti; la mediocridad de la oficina. Materiales disímiles, desproporcionados, caóticos, se hilvanan en una serie incongrua que, sin embargo, traduce la alucinación y la paranoia del período.

Las construcciones pesadillescas a lo Kafka, la reminiscencia de Roberto Arlt, la plástica tremendista del expresionismo, algún rasgo lírico de remota paternidad onettiana son convocadas sin prejuicios ni ajustes previos.

En la novela de Carlos María Domínguez hay un quiebre voluntario del estilo que responde a las alteraciones de Tomás, que como todos los insiliados hubo de ser a la vez testigo del horror, protagonista del miedo, matriz de la esperanza. Es un hombre fracturado, incapaz de reasumir su antigua identidad y su unidad primigenia. Porque esa criatura insegura, asustada, culpable no sabe de qué, vigilada por ojos invisibles y registrada en expedientes secretos es la materia o molienda que las dictaduras necesitan para sostenerse, hasta que los fragmentados, los asustados,

los desajustados se junten para decir un no inesperado o terminen con gratitud incorporándose al mismo sistema de vigilancia que los destruyó.

La novela de Domínguez no tiene un final feliz. Tomás termina siendo uno de estos últimos: la máquina oculta que lo separó de su mujer y de su hijo hace que con “... aquel manojito de personas gimientes, oprimidas por una fuerza que no podían hallar ni comprender, comenzaron a alejarse hacia los fondos del pabellón, bamboleándose sobre sus zapatos con las cabezas gachas, arrepentidos de haber deseado alguna vez un destino mejor”.

A este que es el más perverso e insidioso daño que ocasionan los autoritarismos (recuérdese *Memorias de la Guerra Reciente*, de Carlos Liscano), Domínguez ha ido apuntando todos los síndromes habituales que caracterizan al insiliado: vigilancia del pasado frente a la inconsistencia del presente; sensación de inferioridad ante el que ejerce un cargo más o menos oficial (guardias, enfermeras, vigilantes), deformándose esquizoides de la realidad.

El clímax de esta distrofia crónica que padece el que vive bajo dictadura es encarnado por el escritor en un rico símbolo. El de “los zapatos rotos, arreglados con un fierrito incrustado entre el taco y la suela”. No hay tristeza más triste que la de querer mantener la dignidad con los pies metidos en un par de zapatos rotos. Por varias páginas la peripecia de Tomás es la de sus zapatos, que al claudicar, serán sustituidos por otros sanos, pesados, grandes que le lastiman la piel. Tendrá que arrastrarlos como a su vida. Pero el símbolo prosigue porque son los zapatos de un muerto.

Carlos María Domínguez escribió antes *Pozo de Vargas*. Allí, investigando en la retaguardia de la historia oficial argentina, encontró tema y personaje para decir, a su modo, el viejo, esquiliano tema de la venganza y sus terribles articulaciones internas.

Pozo de Vargas fue un macizo ejercicio de estilo personal impecablemente escrito pero que carecía de entrelíneas y de los silencios que toda escritura necesita.

En esta, su segunda novela, quedan pocos arrestos de barroquismo exhaustivo. Hay una feliz soltura, vuelo de creatividad y audacia de la imaginación. El escritor recién ahora bajó al ruedo. Y es seguro que lo esperan excelentes faenas.

Notas

¹*Bicicletas Negras*, Arca.